

	PAGINA.
CXVIII—Los Ojos y la Nariz.	286
CXIX—El Usted y el Usía.	288
CXX—El Borrico y el Ganso.	289
CXXI—El Vejete D. Andrés, ó sea Antaño y Ogaño.	290
CXXII—El Caballo y el Burro.	295
CXXIII—La Criada sisona.	296
CXXIV—La Garganta, la Tos y el Hipo.	297
CXXV—El crimen de Lesa-Majestad.	299

LIBRO SEXTO.

CXXVI—El Fuego y el Agua.	305
CXXVII—El Cuerno y Júpiter.	309
CXXVIII—El Sultan.	311
CXXIX—Los Baños.	313
CXXX—El Tordo parlanchin.	315
CXXXI—El Candil.	321
CXXXII—El Águila y los Lagartos.	324
CXXXIII—El Andalúz en Pekin.	325
CXXXIV—La guerra de las Geringas.	327
CXXXV—El Guisado sin sal.	335
CXXXVI—La Burladora burlada.	336
CXXXVII—Las dos Rosas.	337
CXXXVIII—Flacos y Gordos.	341
CXXXIX—El Burro leyendo Fábulas.	345
CXL—Nombres y Cosas.	346
CXLI—Las dos camas.	348
CXLII—La Parra y su Dueño.	349
CXLIII—Perote y Perucho.	353
CXLIV—La Sierpe y la Abeja.	358
CXLV—El Ingrato.	359
CXLVI—El Bareo y el Río.	362
CXLVII—La guerra entre las Aves y los Brutos.	363
CXLVIII—La Familia.	369
CXLIX—La Primera Vid.	372
CL—El Verso y la Prosa.	374

ARTE METRICA ELEMENTAL,

ó sea TRATADO ANALITICO DE VERSIFICACION CASTELLANA , en el cual se explican los distintos géneros de metro en que estas <i>Fábulas</i> se hallan escritas: dispuesto en forma de Diálogo entre un Joven aficionado á las Bellas Letras y el Autor de las mismas <i>Fábulas</i>	385
INDICE del ARTE METRICA.	659
ERRATAS PRINCIPALES.	661

PRÓLOGO.

I.

Mucho se ha escrito sobre la FÁBULA ó Apólogo, género de los mas difíciles que se conocen en Literatura, y en el cual son tan pocos los Poetas que han conseguido ilustrar su nombre. ¿Será en mí temerario pensar que todavía puede tal materia ser objeto de algunas indicaciones, así como de algun adelanto? Creo ingenuamente que no: el *Non plus ultra* que la edad antigua grabó en las columnas de Alcides, es un lema contra el cual hace ya mucho tiempo que ha protestado el espíritu de la edad moderna.

Sé que el progreso es propio de las Ciencias, más bien que de las Bellas Letras y de las Bellas Artes, como dice Madama de Staël: sé que el primero que en estas últimas realiza el Bello ideal, no deja á los que vienen detras de él un *mas allá* del todo imposible, sino á lo sumo la sola gloria de realizar otro tanto; pero sé tambien que cuando alguno de los ramos de la Belleza tiene por fin la enseñanza humana, es decir, la doctrina, la Ciencia, puede ser objeto del mismo ensanche y de los propios ó parecidos adelantos que la doctrina y la Ciencia mismas. En ese caso se halla el Apólogo, género doctrinal en su esencia, y cuyo horizonte vastísimo bajo el punto de vista literario, está muy lejos de tener por límites los que le marcan los Preceptistas.

La Fontaine, á quien nadie negará la cualidad de juez competente en lo relativo á saber apreciar la extension é importancia del género, en una de cuyas *especies* consiguió erigirse en maestro, siendo el encanto y la desesperacion de cuantos se han propuesto imitarle; *La Fontaine*, el escritor sin rival hasta ahora, y sin competidor probablemente en lo sucesivo, relativamente á la gracia y al ingenuo y poético candor de que supo revestir al Apólogo, dice de este que lo debemos á la antigua Grecia, donde

todas las Artes parecen haber adquirido su derecho de primogenitura; «pero el campo de la invencion, añade, no puede segarse tan completamente, que no hallen algo que espigar en él los últimos recién venidos.» Parécete esto poco, y dice más: dice «que la ficción ó la *Fábula*, es un país lleno de desiertos, en el cual hacen los autores descubrimientos todos los días.»

*L'invention des Arts étant un droit d'aînesse,
Nous devons l' Apologue à l'ancienne Grèce;
Mais ce champ ne se peut tellement moissonner,
Que les derniers venus n' y trouvent à glaner.
La feinte est un pays plein de terres désertes:
Tous les jours nos auteurs y font des découvertes.*

Que el escritor francés tiene razón, lo demuestran en mi concepto la historia y desenvolvimiento de la *Fábula* desde *Esopo* hasta los tiempos presentes, y el convencimiento profundo que en su vista adquiere el entendimiento respecto al desarrollo ulterior que puede recibir todavía.

II.

No creo que pueda haber duda fundada respecto á la existencia de *Esopo*. Este escritor es para algunos eruditos un sér puramente ideal, para otros una especie de mito; pero juzgo aventurado negar lo que da de sí el comun sentir de autores muy antiguos y muy respetables en lo concerniente á este punto. Segun ellos, hubo en la Grecia un ingenio de primer orden, que dando el primer paso en la *Fábula*, inició con sus composiciones el género que era allí desconocido hasta él, al menos como género escrito. Tal vez no fué original en todo: tal vez mezcló con las producciones, hijas de su invencion y su talento, mil otros cuentecillos anónimos que en su tiempo corrian de boca en boca, al modo que hoy se hace autor de epigramas el versificador de ciertos chistes que ha oído antes referir en prosa, y á los cuales da forma nueva, libertándolos del olvido, merced á la misma gracia con que se los asimila y los reduce al lenguaje métrico: talvez, en fin, se atribuyen al gran Fabulador griego muchas cosas que no le pertenecen en modo alguno, ni aun á título de asimilador, semejante en esto á nuestro Quevedo, á quien además de las suyas, imputa el mundo mil ocurrencias llenas de chispa ó de procacidad, en que no tuvo ninguna parte. Sea de esto lo que se quiera, la opinion general es que *Esopo* floreció en tiempo de Solon, como unos cinco siglos y medio antes de Jesucristo. Ignórase el verdadero lugar de su nacimiento; pero se conviene tambien generalmente en que fué una aldea de Frigia. Deforme en su figura hasta el punto de ser monstruoso, tuvo tambien la desgracia de nacer esclavo, en cuya triste condicion sirvió á varios dueños. La suerte, tan ingrata con él

bajo esos dos puntos de vista, quiso darle como en compensacion un clarísimo entendimiento, y una penetracion y un ingenio que dejó mas de una vez pasmados á los siete Sábios de Grecia. Despues de varias aventuras que en su mayor parte parecen ser invencion de Planudio, monje que en el siglo XIV nos dejó escrita su vida (1), contribuyendo acaso más que nadie á que por sus anacronismos y por la misma inverosimilitud de sus relatos, se pusiera despues en duda la existencia de autor tan insigne, tuvo Cresos, rey de Lidia, noticia de los talentos del gran Fabulador, y le hizo venir á su corte, ya libertado á lo que parece. Honrado con la estimacion y confianza de aquel monarca, fué de su parte al templo de Delfos con el fin de consultar al Oráculo y de ofrecer sacrificios á Apolo. Allí habló, á lo que se cree, de un modo demasiado libre respecto á la naturaleza de los Dioses, ó acaso motejó la fé ciega que se tenia en el mentido Oráculo que oficialmente venia á consultar; y amotinándose contra él los habitantes de Delfos, le hicieron condenar á muerte. Vanamente quiso él aplacarlos, diciéndoles algunas de sus más ingeniosas *Fábulas*, al modo que nuestro Melendez intentó apiadar en ocasion análoga, recitándoles una de sus más bellas composiciones, á los que le querian fusilar por afrancesado: su tentativa no hizo mella alguna en el ánimo de aquellas gentes, y *Esopo* fué precipitado de lo más alto de la roca Hyampea, donde se ajusticiaba á los sacrilegos, el año 550 antes de la era vulgar. Despues se le erigieron estatuas.

III.

Los *Apólogos* de ese grande hombre no han llegado á nosotros sino solo en parte, habiendo sido Demetrio Faleréo quien los coleccionó por primera vez, dos siglos despues de su muerte. El carácter moral de los mismos se reduce con bastante frecuencia á dar instrucciones al débil para garantirse del fuerte, no sin inculcar á aquel de vez en cuando la paciencia y la resignacion; y á aconsejar al fuerte que no abuse de su poder en perjuicio del débil. El autor, como esclavo que era, cumplió una mision muy propia de su estado al dar esa tendencia á sus *Fábulas*, y acaso fué su misma esclavitud la que le hizo ser Fabulista. Un hombre libre, dice Genevay, no teme hablar claramente y con la frente levantada al que quiere ultrajarle ú oprimirle, mientras el desdichado que se encuentra sometido al poder omnimodo de un amo duro y desapiadado, no osa quejarse sino á media voz, guardando todos los miramientos que en él engendra el hábito del temor y de la servidumbre. *Fedro*, el primer imitador de *Esopo*, y esclavo entre

(1) *Esa vida la tradujo La Fontaine para ponerla al frente de sus Fábulas, aunque descartándola de ciertas puerilidades y de alguna aventura indecente.*

los romanos, como lo fué este entre los griegos, atribuye el mismo origen á sus Apólogos:

..... «servitus obnoxia,
Quia quæ volebat non audebat dicere,
Affectus proprios in Fabellas transtulit.»

Mi triste servidumbre
Me vedada decir lo que sentia;
Y falta de mayor atrevimiento,
Su natural y propio sentimiento
En Fábulas tradujo el alma mia.

Parecerá imposible, dicho esto, que la Fábula, esclava de origen, adoptase, en su origen tambien, el gracejo y la ligereza, como medios de llegar á su fin; pero á poco que se reflexione, se verá que eso fué muy natural. Dejando aparte lo que tan comun es en los desgraciados, ó sea lo que expresa esta popular cuarteta:

«Me dicen que por cantar
Tengo el corazon alegre:
Yo soy como el caracol,
Que cuando canta se muere,»

hay otra razon filosófica que en mi concepto explica perfectamente ese que á algunos parecerá fenómeno. Una vez disfrazado el Apólogo con el velo de la Alegoría, para así poder insinuarse sin riesgo en el ánimo del hombre prepotente á quien el autor temia ofender ó alarmar, debía recibir como auxiliares aquellas formas que con más seguridad pudieran contribuir al objeto que el escritor se proponia. Nada era por consiguiente más apropiado para el caso, que enseñar como por vía de juego una verdad moral importante, despojándola de la austeridad que la hace siempre enojosa, y de todo viso de audacia que pudiera hacerla temible. Largos sermones cansan tambien, sobre todo al que no quiere ser adocinado, aun cuando se disfracen con formas que tiendan á dulcificar su carácter de tales. De aquí que la Fábula entonces debiera á su vez ser lacónica, ó todo lo breve posible. Esopo comprendió perfectamente su posicion en ambos conceptos, y he aquí esplicada la índole literaria de sus Apólogos, concisos hasta un extremo indecible, y ligeros y graciosísimos, no ya en la descripción ó en los detalles, que le estaban como vedados, sino en la índole de sus asuntos y en la contraposicion de los caracteres inherentes á sus interlocutores, animales en su mayor parte. Lo que no se concibe en él, es que escribiese sus Fábulas en prosa: el aliciente propio del lenguaje métrico habria podido darles un interés mayor del que tienen, con ser este, aun así, tan grande; pero Esopo era sin duda Poeta por el estilo de nuestro CERVANTES, y prefirió tal vez la prosa al verso, por no saber expresarse en este como se expresaba en aquella.

IV.

El vacío que bajo ese punto de vista dejó Esopo en la Literatura griega, vino á llenarlo Fedro en la romana con felicidad muy notable:

«Esopus auctor quam materiam reperit
Hanc ego polivi versibus senariis.»

De este género autor Esopo ha sido;

Mas yo en senario verso

Nueva forma le he dado y lo he pulido.

Sócrates habia intentado lo mismo, segun dicen, reduciendo á número poético algunas de las Fábulas Esópicas. En tal caso, no seria el menor lauro del Apólogo tal trabajo llevado á cabo por el hombre mas justo y casi santo de la antigüedad pagana; pero no nos ha quedado una sola muestra de lo que aquel insigne Filósofo se supone que hizo en ese concepto (1). Faltando datos en consecuencia para poder apreciar en Sócrates el mérito real de su tentativa, y no habiendo tampoco llegado hasta nosotros sino algunos fragmentos de la version que se imputa á Babrias ó Gabrias, la posteridad atribuye á Fedro el primer paso en esa innovacion, así como el primer adelanto de que el arte le fué deudor en el género á que me refiero.

(1) Algunos escritores atribuyen al mismo Sócrates todas las Fábulas que corren con el nombre de Esopo, sin exceptuar una sola: otros dicen que su autor fué Arquíloco; otros que Lokman y los demás ingenios orientales á quienes despues me referiré; otros, con Quintiliano, que Hesiodo. Yo he creído completamente innecesario para el objeto de estos apuntes entrar en discusion sobre tales y tan encontradas especies, entre las cuales no es la menos peregrina la de atribuir á Salomón dichas Fábulas, y aun á Joséf, hijo de Jacob, fundándose esto último en parecerse las palabras Josephus y Esopus ó Esopus. Supongamos por un momento que la Grecia hubiera usurpado al Oriente los Apólogos de que se trata: la cuestion por lo que á mi trabajo respecta, seria saber si he bosquejado bien ó mal la fisonomia de la Fábula que pasa por griega, reduciéndose lo demás á una mera y vana disputa sobre cuatro ó seis nombres propios, sin resultado ninguno positivo en cuanto á haberse de apreciar por eso de una manera más bien que de otra el estado y progresos del arte. Allá, pues, se las hayan Boulanger y todos los demás eruditos, en lo que hace á esa renida contienda: yo sigo la comun opinion, declarando paladinamente que la sola autoridad de Fedro en su Esopus auctor tiene más importancia para mí que la cavilosa

V.

Algunos escritores modernos, entre ellos el humanista Nisard, niegan al liberto de Augusto lo que se llama *el génio del Apólogo*; mas yo creo, con su licencia, que lo tuvo en muy alto grado. ¿En qué desmerecen sus *Fábulas* la loa que se da á las de *Esopo*? Cuando es mero imitador de este, sabe igualarle en el laconismo, y le excede en dotes poéticas, siendo un verdadero fenómeno literario una concision tan notable, llevada á cabo sin dificultad en medio de tanta elegancia y á pesar de las leyes del verso, naturalmente esponjoso de suyo y ocasionado á la palabrería; y cuando quiere ser original, tiene *Apólogos* admirables, tales como *El Charlatan* y *El Rústico*, uno de los de más intencion y de más donaire y más gracia que la Literatura romana puede contraponer á la griega. Nisard, preocupado contra *Fedro*, le niega casi todas las dotes que constituyen un Fabulista; y no contento con motejar al escritor, hasta el hombre parece merecerle un como término medio entre la zumba y el anatema. Lo que en Horacio es un justo orgullo en su *Exegi monumentum ære perennius*, es á los ojos del crítico francés vanidad intolerable en *Fedro*, cuando le ve á su vez persuadido del mérito de ese otro monumento levantado por él á la *Fábula*; y hasta sus desgracias y la persecucion de Seyano de que se queja, las viene á traducir como merecidas, atribuyéndolas á su mordacidad, á su propension á las sátiras personales, ó á otras malas y antisociales prendas; pero

etimología del Æsopus y del Josephus, la cual me recuerda estos versos que hice yo, siendo muy jovencillo, contra el furor de etimologizar; versos que no sé si podrian constituir una Fabulilla á su modo:

Yo conozco un majadero

Etimologista fiero,

Que se empeña en descender

Nada menos que de *Esther*,

Solo porque es *Esterero*.

Y añade que en *Palancana*

La etimología es llana,

Pues siempre significó

La *pala* que se sacó

Del anca de *Anás* ó *Ana*.

Bien veis que son fantasías

Las dos etimologías:

Mas ¿son acaso mejores

Otras mil que les autores

Dan á luz todos los días?

sin apoyo ninguno en datos que merezcan tal nombre. Por fortuna no es en todo injusto con ese eminente escritor; pero aun reconociendo el incontestable mérito del Fabulista romano como autor sóbrio, correcto y elegante, y de exquisito y severo gusto, no vacila en considerar como faltas contrarias á la buena latinidad su *colli longitudinem*, muy bien usado en vez de *collum longum*, y otras cosas por el estilo. Al volver yo en mi insignificancia por los respetos que son debidos á un Fabulista de tanta valía, no me resta sino observar que sus *Apólogos* han sido constantemente la delicia de todos los hombres de gusto, desde que los hermanos Pithou los dieron á conocer al mundo á fines del siglo XVI, pareciéndome por lo tanto imposible que nuestros venideros confirmen el atrabiliario y acerbo juicio que de él hace el humanista citado, hombre muy competente por otra parte.

VI.

Volviendo ahora al principal objeto de estos apuntes, es indudable que pues la *Fábula* debió á *Fedro* el salir ataviada con la métrica galanura de que *Esopo* la habia privado, esto marca en su historia un progreso que es imposible desconocer, bien que fuesen iguales en el fondo sus tendencias y su carácter. La doctrina era la misma; el modo de expresarla diverso: en *Esopo* fué aquella *útil*; en *Fedro* fué *dulce* además (1). *Fedro* en tanto siguió mirando como condicion indispensable del *Apólogo*, al menos en la generalidad de los casos, el buen humor y la jocosidad; y bajo ese punto de vista, cuya razon originaria está dada en lo que más arriba se ha dicho, no salió el género del círculo que el mismo Fabulista romano le marcó en los siguientes versos:

«*Duplex libelli dos est, quod risum movet,
Et quod prudenti vitam consilio monet.*»

(1) Y si quiere decirse que la *Fábula* fué ya dulce en el mismo *Esopo*, atendido el natural atractivo inherente al género, en *Fedro* fué dulcísima ó doblemente dulce, considerado el mayor halago que recibió del lenguaje métrico. Miel sobre hojuelas, podría yo decir aquí. Por lo demás, no se me oculta que ha habido y hay hombres de talento, á cuyos ojos pierde el *Apólogo*, desde el momento en que se le versifica. El célebre *Patru*, verbi-gracia, desaprobaba en su amigo *La Fontaine* su resolucion de escribir *Fábulas* en verso francés, creyendo que el principal adorno del género consistia en no tener adorno ninguno; pero el ejemplo del mismo *La Fontaine*, ante el cual se ha hecho imposible la definitiva retrogradacion del *Apólogo* á su lenguaje ó prosa primitiva, no obstante el ejemplo de *Lessing*, es á mi manera de ver la mejor contestacion que puede darse á los que hoy piensan como pensaba entonces aquel ilustre abogado del Parlamento de *Paris*.

Doble es su objeto, pues moviendo á risa,
Con prudente consejo al hombre avisa.

De aquí la antigua preocupacion de que la *Fábula*, para ser *Fábula*, haya indispensablemente de hacer reír, ó de excitar la sonrisa al menos.

VII.

En esa manera de ver ejerció una influencia decisiva el hombre que en el siglo XVII levantó en Francia á su mayor altura el *Apólogo* ya embellecido en los términos que acabo de indicar; hombre á quien podría llamarse estrella de primera magnitud en el cielo azul de la *Fábula*: tan centellante y viva es su luz, pareciendo débil á su lado la de los otros dos escritores que con tanta justicia son el orgullo de Grecia y Roma en el género que me ocupa. *Esopo* en este fué el gran prosador; *Fedro* el versificador elegante; *La Fontaine* su gran Poeta.

No había este nacido esclavo, ni después de hecho liberto habíase visto precisado á erigirse en cortesano, para solo cambiar de servidumbre, como sus dos referidos predecesores. El *Apólogo* en consecuencia no era ya, ni debía ser en sus manos, un mero disfraz del temor, del sufrimiento ó de la amargura, como antes lo había sido. Doctrinal y moralizador en su esencia, podía serlo sin reserva alguna, ganando el génio del escritor en expansión y espontaneidad todo lo que su alma perdiese en discurrir la mejor manera de velar sus mas íntimos sentimientos. Al decir *sin reserva alguna*, no comprendo ni he podido comprender en esa expresion el olvido de las precauciones que debe adoptar todo el que enseña, en lo tocante á no sublevar el amor propio del que le escucha. El lenguaje *ex cathedra* ofende, y el hombre se rebela naturalmente contra todo el que, ostentando una superioridad real ó afectada, le humilla con lecciones directas. Ese escollo lo ladea la *Fábula* por medio de la *Alegoría*; pero no lo evita del todo, si la destreza del Fabulador no viene en su auxilio. Tal fué precisamente la prenda, la gran dote de *La Fontaine*. Nadie ha contado con más buena fé, con más aire de estar persuadido de la verdad de lo que cuenta, que ese inimitable escritor, gloria imperecedera de la Francia, y una de las más puras que tiene en lo literario, entre las otras muchas con que se envanece. Raras veces es original en sus asuntos; pero aun cuando le falté ese mérito, el primero que sin duda ambiciona el Poeta que aspira al título de inventor ó de creador, sabe de tal manera explotar las ideas fundamentales con que otros escritores le suministran la materia de sus *Apólogos*, que consigue apropiárselos completamente, merced á la forma que les dá, á los contrastes que en ellos introduce, á la cómica seriedad con que se ocupa en las cosas más fútiles, á la aparente ligereza con que trata las graves y elevadas, á la oportunidad y rapidez con que pasa de un tono á otro, á la fortuna con

que sabe explotar el estilo propio de cada cosa, al interés que dá á su narracion, á las imágenes con que la vivifica, y á la gracia, á la candorosa ingenuidad y á los tesoros de Poesía que en ella esparce. El arte de contar es por ventura el único en que cabe que cien autores hagan dormir con el mismo asunto que en boca de otro es el embeleso y el encanto de los que le escuchan. Una idea que se anticipe á otra, por muy ligeramente que sea, cuando no deba anticiparse; un pensamiento que se deslíe, cuando solo se deba indicar; otro que se indique tan solo, cuando sea oportuno explicararlo; una frase, una palabra, un rasgo que no ocupen en la narracion el lugar conveniente y preciso, bastan para echar á perder la *Fábula* mejor imaginada en lo que su á argumento concierne. Ese arte no se enseña ni se aprende, ni puede tener otras reglas que las que sugiera el instinto. De aquí que se haya dicho del *Apólogo* que no está sujeto á preceptos, y que *La Fontaine* producía los suyos del mismo modo que el peral peras (1). Esto no era verdad en rigor, pues al gran Fabulista francés le costaban bastante trabajo sus poéticas lucubraciones; pero aun así, no puede negarse que fué en sí propio, no en tratado alguno didáctico, donde encontró recursos y medios para contar del modo que contó, y para velar diestramente el artificio de sus *Apólogos*, siendo en último resultado escritor originalísimo y verdaderamente creador en la marcha y en los detalles, aun siendo plagario de asuntos.

Consecuencia del sistema seguido por este insigne Fabulador, debió ser que el *Apólogo* ensanchase, como lo ensanchó con efecto, el horizonte de sus dominios. La Poesía que en *Esopo* es nula, si por ella se entiende la métrica, habíase insinuado en *Fedro* por la versificación, por locuciones, frases y giros que independientemente del metro eran Poesía tambien, y algunas veces por un solo epíteto, cuando no le consentia extenderse más su severo y proverbial laconismo. En *La Fontaine* se presentó la *Fábula* ataviada con todas las galas de la imaginacion más brillante, siendo más lata y más persuasiva, y atreviéndose á mirar frente á frente á los demás géneros poéticos, sin temor de que ninguno la venciese en frescura ni en lozanía. Bajo ese punto de vista, no hay *un mas allá* en el *Apólogo*; pero aun podia explotarse más como composicion literaria de carácter sério, y tambien podian ser otras sus tendencias y aplicaciones. ¿Verificóse lo uno y lo otro? En breve vamos á ver que sí.

VIII.

Considerada la fisonomía que dió *La Fontaine* á la *Fábula*, se verá que, con raras excepciones, continuó siendo la propia de un cuento hijo del

(1) « Comme un prunier des prunes, » decía Madama La Sablière; pero eso no puede traducirse literalmente al castellano, sin llamar á LA FONTAINE ciruelo.

buen humor, no pudiendo desconocerse tampoco haber sido el ridículo el arma que ese gran escritor se propuso principalmente manejar, como él mismo lo dice en estos versos:

«*Je tâche d' y tourner le vice en ridicule,
Ne pouvant l'attaquer avec des bras d' Hercule.*»
De energía privado y fuerza brava,
Sobre el vicio el ridículo descargo,
Porque no tengo de Hércules la clava.

Entretanto, ¿qué motivo fundado podía haber para hacer hablar al Apólogo casi siempre en tono de broma, cuando no hay razón filosófica que le vede ser grave y formal, tierno, triste, patético, trágico, épico, elevado, sublime? ¿Por qué limitarlo tampoco al terreno de la mera verdad moral, ó á dar solo lecciones de prudente y juiciosa conducta en las cosas ordinarias de la vida, pudiendo como puede dar también atinados consejos en otros diferentes sentidos?

Gran respecto merece el precepto de Horacio, relativo á la manera más apropósito de combatir abusos y vicios:

.....«*ridiculum acrí
Fortius ac melius plerumque secat res.*»
«Con más acierto y vigor
Que la severa invectiva,
Una crítica festiva
Corta el abuso mayor;»

pero claro está que esa sentencia, cuya traducción es de Iriarte, podrá en todo caso ser de preferente aplicación á la *Fábula*, cuando esta sea satírica; esto es, cuando efectivamente combata esos abusos y vicios, sin que eso obste á que no siendo así, pueda explotar con éxito cualesquiera otros medios de expresión, si lo hace de un modo oportuno. El estilo familiar y jocoso que, fuera del caso citado, acompaña por lo común al cuento fabulístico, depende, generalmente hablando, más que de la voluntad del escritor, de la índole del asunto y de la inherente á los interlocutores que en él introduce, los cuales le dan irresistiblemente el tono á que tiene que atemperarse. ¿Quién puede ser sentido ó sublime, á no ser por mera incidencia, ó al deducir la verdad moral, cosa siempre santa de suyo, fabulando con la Olla y con el Caldero, con el Gato y con los Ratones, ó con el Borracho y el Cerdo? Pero podrá hacer hacer hablar en levantada y magestuosa voz al Leon, por ejemplo, y al Águila, y á la Encina y al Roble y al Viento, y á otros objetos animados ó inanimados que nada tengan de risibles, sin que de eso se resienta el género, ni falte en manera ninguna á las conveniencias del arte. ¿No es acaso un excelente Apólogo, á pesar de ser grave y filosófico, esta décima de Calderón?

*Cuentan de un Sábio, que un día
Tan pobre y misero estaba,
Que solo se sustentaba*

*Con las yerbas que cogía.
—«¿Habrá otro, entre sí decía,
Más pobre y triste que yo?»—
Y cuando el rostro volvió,
Halló la respuesta, viendo
Que iba otro Sábio cogiendo
Las hojas que él arrojó.*

Y el mismo *La Fontaine*, ¿no tiene composiciones acabadas, tales como la *Encina* y la *Caña*, en las cuales campean las dotes serias, con exclusión completa de las festivas? ¿Es por otra parte mejor su celebrado Apólogo de *El Cuervo y El Zorro*, donde todo es donaire y gracejo, que su notabilísima Fábula titulada *La Muerte y el Desgraciado*, la cual no excita en los labios de nadie sino á lo sumo una sonrisa amarga? *Samaniego* ha traducido, ó más bien imitado las dos: léalas cualquiera, y decida en cuál de ellas es más Poeta, y en cuál cumple mejor su misión ese otro ilustre Fabulista con quien tanto se honra á su vez la Literatura española.

IX.

Si estas reflexiones son justas, la consecuencia inmediata que de ellas se deduce es que la *Fábula*, cuando es festiva, constituye muy enhorao buena uno de los varios ramos ó especies en que se divide el género; pero sin ser el género mismo, ó sin absorberlo del todo. Ahora bien: *La Fontaine* que á tanta altura supo levantar el Apólogo, sobresalió más en lo jovial y en lo mixto de serio y cómico, modo peculiarísimo en él, que no en lo constantemente formal, ó digámoslo así, *solemne*; y de aquí haber dicho yo anteriormente que consiguió erigirse en modelo *sin competidor ni rival*, no en todas las distintas especies que constituyen el género fabulístico, sino solo en algunas de ellas. No quiere decir esto, como bien se vé, que no sea ese Poeta en sus *Fábulas* un modelo también en lo serio, cuando les quiere dar ese carácter, sino pura y sencillamente que no entró en su sistema dárselo de un modo sostenido y constante, y que bajo ese punto de vista no agotó el arte de fabular, como lo agotó bajo el otro. Por lo demás, para convencerse de lo extenso y variado del génio que inspiró al Fabulista francés, basta leer sus *Animales con peste*, verdadera desesperación de cuantos Fabulistas intenten hacer algo de provecho en la armoniosa y no abigarrada mezcla de todos los tonos y estilos; pero aun en esa composición, la primera tal vez de todas las suyas, es lo cómico lo que en último resultado se presenta como más de relieve, no pareciendo sino que el autor se [ha] propuesto ser un gran lírico hablando de la epidemia, un gran Poeta elegíaco al describir los sufrimientos de los animales moribundos, un tiernísimo Anacreonte al nombrar entre estos á las Tórtolas,